

972

R.616L

10-11-I-79

F1227

LS

V.1

Asegurada la propiedad de esta obra conforme á la ley



PSRM

9034

**MOCTEZUMA.\***

I

Era la media noche. Un profundo silencio reinaba en la gran capital del Imperio Azteca, y las estrellas de un cielo limpio y despejado se retrataban en las tranquilas aguas de los lagos y en los canales de la ciudad.

Un gallardo mancebo que hacía veces de una divinidad, y que por esto le llamaban *Izo-coztlí*, velaba silencioso y reverente en lo alto del templo del dios de la guerra.

Repentinamente sus ojos se cierran, su cabeza se inclina, y recostándose en una piedra labrada misteriosa y simbólicamente, tiene un sueño siniestro. Abre los ojos, procura recordar alguna cosa, y no puede ni aún explicar-se confusamente lo que le ha pasado. Sale á la plataforma del templo, levanta la vista á los cielos, y observa asombrado en el Oriente

\* La narración de los últimos días de este infortunado monarca, se refiere en este artículo enteramente ajustada á las historias y crónicas antiguas.

una grande estrella roja con una inmensa cauda blanca que cubría al parecer toda la extensión del Imperio. Apenas ha mirado este fenómeno terrible en el firmamento, cuando cae con la faz contra la tierra, y así, casi sin vida, permaneció hasta que los primeros rayos del sol doraron las torres del templo. Alzó entonces el Izcoztli la vista á los cielos, y la estrella había desaparecido (1).

## II

Izcoztli al medio día se dirigió al palacio del Emperador. "Señor temible y poderoso, le dijo, anoche he visto una grande estrella de fuego en los cielos."

Moctezuma dudó, pero quedó pensativo todo el día. En la noche él mismo permaneció en observación en la azotea de su palacio, y á cosa de las once vió aparecer repentinamente la fatal estrella roja.

Al día siguiente mandó llamar á todos los adivinos y hechiceros de la ciudad. Ninguno había visto nada. Nadie se atrevía á interpretar la aparición misteriosa de los cielos.

Moctezuma mandó llamar á los justicias. "Encerrad, les dijo, á todos estos adivinos y astrólogos en unas jaulas, y no les dareis de

(1) La aparición de este cometa que tanto miedo causó á los mexicanos, parece que es la que señala Arago en su Catálogo en el año de 1514.

comer ni de beber. Es mi voluntad que mueran de hambre y de sed.

"Marchad después por todos los lugares de mi reino y haced que las casas de los hechiceros y adivinos sean saqueadas y quemadas, y traedme arrastrando del cuello por las calles á todos los que teniendo la obligación de observar los cielos y de interpretar las señales de los dioses, nada han visto, ni nada han dicho á su Rey."

La orden se ejecutó. Los hechiceros de México murieron rabiosos de hambre y de sed en las jaulas, y á los pocos días los muchachos de las escuelas arrastraban de unas sogas amarradas al cuello á los adivinos de las provincias, que dejaban contra las esquinas de la ciudad los pedazos sangrientos de sus miembros. Así se cumplió la voluntad del muy grande y poderoso Señor Moctezuma II (1).

## III

Una tarde, quizá con la intención de ir á la corte de Texcoco, el Emperador se dirigió al lago; pero en el mismo momento espesas nubes cubrieron el cielo, los rayos atravesaron el horizonte, iluminándolo de una luz siniestra, y las aguas del lago comenzaron á

(1) *Historia de las Indias de N. España* por Fr. Diego Durán, publicada por D. José Fernando Ramírez.

agitarse y á hervir, como si tuviesen una gran caldera de fuego en el fondo.

Moctezuma se retiró á su palacio más triste y abatido. Imaginó aplacar la cólera de los dioses y mandó traer una gran piedra de sacrificios que había ordenado antes se labrase con mucho esmero. Al pasar la piedra por el puente de Xoloco, construído de intento con fuertes maderos, crujió repentinamente, y la enorme piedra se hundió en las aguas, llevándose consigo al sumo sacerdote y á la mayor parte de los que la conducían.

En ese día un temblor hizo estremecer como si fuese la hoja de un árbol el templo mayor, y un gran pájaro de forma extraña atravesó por encima de la ciudad, dando sinistros graznidos. Otra vez una negra tempestad descargó sobre la ciudad. Un rayo incendió el templo.

Moctezuma no pudo ya dominar su inquietud y su miedo, y mandó llamar al sabio Rey de Texcoco.

Los poderosos y magníficos reyes de México y de Texcoco tuvieron una entrevista solemne.

Netzahualpilli era un Rey anciano, lleno de justicia, de bondad y de sabiduría, é interpretaba los sueños y los fenómenos de la naturaleza, y tenía el don de la profecía. Llegó ante Moctezuma, tomó asiento frente de

él, y largo rato permanecieron los dos taciturnos y silenciosos.

—Señor, dijo Moctezuma interrumpiendo el silencio, ¿has visto la grande estrella roja con una inmensa ráfaga de luz blanca?

—La he visto, contestó el Rey de Texcoco.

—¿Anuncia hambre, peste, ó nuevas guerras?

—Otra cosa todavía más terrible, dijo gravemente el Rey texcocano.

Moctezuma, pálido, casi sin aliento, temblaba sin poder articular ya una palabra.

—Esa señal de los cielos ya es vieja, continuó con voz solemne el Rey de Texcoco, y es extraño que los astrólogos nada te hayan dicho. Antes de que apareciera la estrella, una liebre corrió largas horas por los campos hasta que se entró en el salón de mi palacio. Esta señal era precursora de la otra más funesta.

—¿Qué anuncia, pues, la estrella?—preguntó Moctezuma con una voz que apenas le salía de la garganta.

—“Habrá en nuestras tierras y señoríos, continuó el de Texcoco, grandes calamidades y desventuras; no quedará piedra sobre piedra; habrá muertos innumerables y se perderán nuestros señoríos, y todo será por permisión del Señor de las alturas, del Señor del día y de la noche, del Señor del aire y del fuego.”

Moctezuma no pudo ya contener su emo-

ción, y se echó á llorar diciendo: “¡Oh, Señor de lo criado! ¡oh, dioses poderosos, que dais y quitais la vida! ¿cómo habeis permitido que habiendo pasado tantos Reyes y Señores poderosos, me quepa en suerte la desdichada destrucción de México, y vea yo la muerte de mis mujeres y de mis hijos? Adónde huir? adónde esconderme?”

—En vano el hombre quiere escapar, contestó tristemente el Rey de Texcoco, de la voluntad de los dioses. Todo esto ha de suceder en tu tiempo, y lo has de ver. En cuanto á mí, será la postrera vez que nos hablaremos en esta vida, porque en cuanto vaya á mi reino moriré.

Los dos Reyes estuvieron encerrados todo el día conversando sobre cosas graves, y á la noche se separaron con gran tristeza (1). Netzahualpilli murió en efecto el año siguiente (2).

#### IV

El 8 de noviembre de 1519 fué un día de sorpresa, de admiración y de extraños sucesos en la gran ciudad de México.

A eso de las dos de la tarde, una tropa de europeos, á caballo los unos, á pie los otros, y todos revestidos de brillantes armaduras y

(1) Fr. Diego Durán.

(2) Torquemada.—*Monarquía Indiana*.

cascos de acero, y armados de una manera formidable, hacían resonar las piedras y baldosas de la calzada principal con las herraduras de sus corceles, y el son de sus cornetas y atabales se prolongaba de calle en calle. En el viento ondeaban los pendones con las armas de Castilla, y á la cabeza de esta tropa, seguida de un ejército tlaxcalteca, venía el muy poderoso y terrible capitán D. Hernando Cortés.

Las azoteas de todas las casas estaban cubiertas de gente, las canoas y barquillas chocaban en los canales, y en las calles se agolpaba la multitud, estrujándose y aún exponiendo su vida por mirar de cerca á los hijos del sol y tocar sus armaduras y caballos.

Moctezuma, vestido con sus ropas reales adornadas de esmeraldas y de oro, acompañado de sus nobles, salió á recibir al capitán Hernando Cortés y le alojó en un edificio de un solo piso, con un patio espacioso, varios torreones y un baluarte ó piso alto en el centro. Era el palacio de su padre Axayacatl. Moctezuma, después de haber cumplimentado á su huésped, se retiró á su palacio. Al día siguiente, mandó que se hiciese en la montaña un sacrificio á los dioses *Tlaloques*. Se sacrificaron algunos prisioneros, que estaban siempre reservados para estas ocasiones; pero los dioses se mostraron más irritados. Se estremeció la *Mujer Blanca*, y desde la azotea de

su palacio pudo contemplar asustado el Emperador azteca los penachos de nubes negras y fantásticas que cubrían la alta cima de los gigantes del Anáhuac.

## V

A los ocho días de estar Hernando Cortés en México, los aztecas, irritados con la presencia y orgullo de sus enemigos los tlaxcaltecas y con las demasías que cometían los soldados españoles, dieron muestras visibles de hostilidad y de disgusto. Cortés no sabía si permanecer, si abandonar la capital ó situarse en las calzadas. Dos días estuvo sombrío y pensativo, y al tercer día llamó á sus capitanes. "He resuelto prender al Emperador Moctezuma, les dijo, y traerle á este palacio. Su vida responde de la nuestra; lo demás que siga, está encomendado á la guarda de Dios y de Santiago."

A la mañana siguiente, después de oír toda la tropa española una misa, de rodillas y con ejemplar devoción, Cortés tomó la palabra y dijo: "Vamos á acometer hoy una de nuestras mayores hazañas, y es prender al monarca en medio de todo su pueblo y de sus guerreros. Los españoles somos un puñado que con el soplo de los indios podemos desaparecer; pero están Dios y la Virgen con nosotros. He escogido á vuestras mercedes para

que me ayudeis á dar cima á esta arriesgada aventura." Esto diciendo, señaló á Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velázquez de León y Alonso de Avila, y estos caballeros, seguidos de algunos soldados, cubiertos todos de armaduras completas, se dirigieron al palacio del Emperador de México.

## VI

Moctezuma procuraba aparecer tranquilo y afable ante sus súbditos, pero no pensaba sino en los medios de que quedasen contentos los españoles, y de que saliesen prontamente de la ciudad.

El salón en que estaba era espacioso, tapiado con mantas finas de algodón, bordadas de colores variados y con dibujos exquisitos. El suelo estaba cubierto de finas esteras de palma. En el fondo el monarca estaba reclinado entre cojines, y á su derredor había algunos nobles y una muchacha como de 16 años, de ojos y cabellos negros, de tez morena, y sonreía alegremente dejando ver entre sus labios rojos dos blancas y parejas hileras de dientes.

Los españoles se presentaron en ese momento.

Las pisadas recias de los capitanes que hacían resonar sus espuelas en el pavimento, el

aire feroz é imponente que tenían, y el verlos seguidos de algunos soldados, inspiró temor á Moctezuma; se puso algo pálido, pero dominó su emoción y saludó á Cortés y á sus capitanes con la sonrisa en los labios: "Voy á ensayar el último arbitrio," pensó entre sí; y dirigiéndose á Cortés, le dijo:

—"*Malinche*, tenía gran deseo de que tú y tus capitanes me visitaran, y pensaba en ello, porque tenía preparadas algunas joyas y preciosidades de mi reino para ofrecértelas."

Los ministros y magnates que estaban cerca, presentaron á Cortés en unas bandejas pintadas de colores, muchas figuras de oro, como sapos, serpientes y conejos, primorosamente labradas, y además, esmeraldas, conchas, mosaicos de pluma de colibrí y otras maravillas del arte indígena.

Cortés, preocupado, apenas miró los objetos é inclinó la cabeza maquinalmente.

Moctezuma, que observaba la fisonomía del capitán español, cada vez estaba más alarmado.

Olid, Sandoval y Alonso de Avila examinaron con más atención los presentes; los demás guardaban silencio, y al disimulo requerían el puño de sus espadas.

El monarca dominó su orgullo.

—"*Malinche*, dijo, tengo para tí reservada una joya de más valor que el oro de todo mi reino. La joya que te voy á dar es mi cora-

zón," y al decir esto se levantó, tomó por la mano á la linda muchacha y la presentó á Cortés. "Es mi hija, *Malinche*, una hija que los dioses han hecho hermosa, y que te doy para que sea tu mujer y tengas en ella una prenda de mi fe y de mi cariño."

Los ojos de Cortés se clavaron en la muchacha. Su mirada expresaba la ternura que le inspiraron las palabras del Rey, pero reflexionó un momento y cambió de resolución.

—"Señor y Rey, dijo el capitán inclinándose respetuosamente, mi religión me permite tener una sola mujer y no muchas, y ya soy casado en Cuba. Os doy gracias y os devuelvo á vuestra hermosa hija."

Moctezuma quedó triste y corrido; la niña se cubrió de rubor al verse rechazada, y Cortés, después de un momento, hizo un esfuerzo y cambió bruscamente de tono.

—"He venido, señor, le dijo con semblante torvo, á decirlos que mis soldados han sido asesinados en la costa, y mi capitán Escalante herido de muerte, y todo por la traición de *Cuauhpopoca*, que es vuestro súbdito, y así he resuelto que entretanto viene este traidor y se le impone el castigo que merece, os llevaré á mis cuarteles, donde permaneceréis bajo mi guarda."

Moctezuma se puso pálido; pero á poco, acordándose que era Rey, encendido de cólera se levantó y exclamó con energía:

—“¿Desde cuándo se ha oído que un príncipe como yo, abandone su palacio para rendirse prisionero en manos de extranjeros?”

Cortés se dominó y trató con suavidad de persuadir al monarca de que no iba en calidad de prisionero, y que sería tratado respetuosamente; pero Velázquez de León, impaciente de tanta tardanza, dijo:

—“¿Para qué perdemos tiempo en discusiones con este bárbaro? Hemos avanzado mucho para retroceder ya. Dejados prenderle, y si se resiste le traspasaremos el pecho con nuestros aceros.” Todos entonces pusieron mano á la espada ó al pomo del puñal (1).

Cortés los contuvo.

Moctezuma bajó los ojos, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—“Vamos,” dijo á Marina que le había explicado, aunque suavemente, las amenazas de los españoles.

Al día siguiente el monarca mexicano era prisionero de Cortés.

## VII

Un día con un sol resplandeciente y hermoso, en medio de las calles llenas de tráfico y de bullicio, apareció una inmensa comitiva. Era un cacique ricamente vestido, que

(1) Prescott.—*Historia de la Conquista.*

traían en unas andas unos esclavos. Seguíanle su hijo y quince nobles de la provincia. Este cacique era *Cuauhpopoca*, el mismo que había matado á los soldados españoles y derrotado á Juan de Escalante.

La comitiva se dirigió al palacio de Moctezuma, y á poco salió y entró con la misma pompa al palacio de Axayacatl, donde Cortés tenía todavía sus cuarteles.

Cortés y sus capitanes recibieron al cacique, que ya iba triste, cabízabajo y vestido de una grosera túnica de henequén.

—Cacique, le dijo Cortés con voz terrible, ¿eres tú súbdito de Moctezuma?

—¿A qué otro señor podía servir?—contestó el cacique.

—Basta con eso, contestó secamente Cortés; y dirigiéndose á los soldados, les dijo: Atad á esos paganos y preparad las hogueras. Las flechas, jabalinas y macanas depositadas en el templo mayor servirán de leña.

Los soldados ejecutaron prontamente las órdenes, y á poco diez y siete hogueras estaban preparadas en el patio del palacio. Sobre cada hoguera había uno de los nobles, amarrado de pies y manos. El cacique estaba enfrente de su hijo.

Los indígenas, mudos de espanto, ni procuraron defenderse ni profirieron una sola palabra. Con una resolución estoica se dejaron colocar en el horrendo suplicio.

Cortés se dirigió entonces á la pieza donde estaba Moctezuma.

—Monarca, le dijo con acento feroz, mereces la muerte; pero quiero castigar siempre tu crimen, pues eres el autor principal de la infamia cometida con los españoles.—Soldado, ejecuta la orden que te he dado. Un soldado que había seguido á Cortés, se acercó á Moctezuma y le puso bruscamente un par de grillos en los pies.

Ahogados sollozos se escaparon del pecho del monarca. Sus sirvientes derramaban lágrimas. Cortés volvió las espaldas al Rey y salió del aposento.

Cuando llegó al patio, gruesas columnas de humo se levantaban de las hogueras. Se oía el crugido de las carnes y de los huesos que se tostaban. Algún lúgubre quejido salía del pecho de aquellos infelices.

Los españoles con la arma al brazo, y los artilleros con mecha en mano, presenciaban el suplicio. Cuando el viento disipó las negras y hediondas columnas de humo, se pudieron ver diez y siete esqueletos retorcidos, deformes, negros, calcinados.

### VIII

A este fúnebre acontecimiento siguieron otros; pero el más grave de todos fué la llegada de Pánfilo de Narvaez á Veracruz.

Cortés, como en todas ocasiones, tomó una resolución extrema; dejó la guarda de Moctezuma y de la ciudad á Pedro de Alvarado, *Tonatiut* (el sol), como le llamaban los indios, y marchó violentamente al encuentro de su rival.

En el mes de mayo los aztecas acostumbraban hacer una solemne fiesta, que llamaban *Texcallt*, en memoria de la traslación del dios de la guerra al templo mayor. Se dirigieron á *Tonatiut*, quien les dió licencia, con la condición de que no llevasen armas ni hiciesen sacrificios humanos.

Cosa de 600 nobles concurren á la ceremonia, ataviados con sus más ricas vestiduras cubiertas de oro y esmeraldas. Bailaban sus danzas y *areitos*, como les llamaban los españoles, y se entregaban descuidados á la alegría, cuando entró Alvarado al templo, seguido de cincuenta soldados armados.

¡*Tonatiut cae sobre nosotros; Tonatiut nos mata!* exclamaron varias voces. Todos echaban á huir y querían salir; pero eran recibidos por las picas de los soldados que guardaban las puertas. Alvarado y los suyos mataban á diestra y siniestra, hasta que no quedó ninguno. La sangre corría, y bajaba como una cascada roja por las escaleras del templo. Los españoles arrancaban las joyas de los miembros destrozados y sangrientos de la nobleza azteca. Alvarado se retiró con trabajo á sus

cuarteles. Toda la población se levantó en masa, furiosa y desesperada, restuelta á acabar con sus asesinos.

## IX

Hernando Cortés, después de haber vencido á Narvaez, hécholo prisionero é incorporado sus tropas, regresó á México y salvó á Alvarado, que estaba ya á punto de sucumbir.

Los combates siguieron sin interrupción. Los españoles hacían salidas, barrían con la artillería las masas compactas de indígenas, que volvían á cerrarse y á cargar con hondas, maderos y piedras, cada vez con más furor. Los cadáveres amontonados interrumpían el paso de las calles, los heridos daban lastimosos gemidos, y las mismas mujeres corrían frenéticas ayudando al ataque. Al cabo de algunos días los españoles volvieron á encontrarse en la última extremidad. No podían salir de la ciudad, ni capitular, ni rendirse, porque hubieran sido sacrificados á los ídolos, y sus esfuerzos para pelear se agotaban. Todos comenzaban á desconfiar, á murmurar contra su capitán.

Cortés requirió á Moctezuma para que se interpusiera con sus súbditos y cesara la guerra.

—¿Qué tengo que hacer ya con el Malin-

che?—respondió despechado, dejándose caer sobre sus almohadones.

Marina, Peña y Orteguilla, que eran sus favoritos, el padre Olmedo y Olid interpusieron su influjo y le persuadieron á que se mostrase y hablase á su pueblo. Moctezuma accedió, revistióse de su más rico traje real, y subió al baluarte ó piso principal del palacio, y se dejó ver en la parte más saliente. Apenas la multitud notó la presencia de su monarca, cuando cesó el ruido y la gritería; los guerreros suspendieron el ataque, y muchos se prosternaron y cayeron con el rostro en tierra. Hubo un silencio profundo. Moctezuma habló, pero tuvo que disculparse, que manifestarse el amigo de los españoles, que interceder por ellos. Esto cambió súbitamente al pueblo; su furor redobló, y le gritaron con rabia:

“Vil mujer, monarca indigno, azteca degradado, vergüenza de tus antepasados, no queremos ya que nos mandes, ni siquiera verte un solo momento.”

Un noble azteca, vestido fantásticamente como una ave de rapiña, se acercó al baluarte, blandió airadamente su arco, y disparó una flecha al Rey. Esa fué la señal del nuevo combate. Un alarido aterrador salió como por una sola boca de todo el pueblo; una nube de flechas, de piedras y de dardos nublaron por un momento el aire, y Moctezuma,

herido en la nuca por una piedra, cayó desmayado en la azotea.

XI  
Moctezuma fué recogido por dos soldados del terrado del cuartel y conducido á su habitación, donde permaneció sin conocimiento algunas horas. Cuando volvió en sí, su desesperación y despecho no conocieron límites. Las afrentas que había recibido de los españoles eran poca cosa cuando pensaba en la que le había hecho su pueblo, desconociéndole como su Señor y volviendo contra él sus armas. Arrancóse de la cabeza una venda que le habían puesto, y buscó una arma con que acabar con sus días; pero los nobles que le acompañaban trataron de calmar los dolores físicos y morales que le atormentaban, y á poco cayó en un abatimiento sombrío; sus ojos erraban sobre las paredes del aposento y sobre las tristes fisonomías de los que le acompañaban; cerró después sus labios, que se habían abierto para pedir únicamente la muerte á los dioses, y no volvió á proferir una palabra, rechazando resueltamente los alimentos que le presentaban y las insinuaciones que le hacía el padre Olmedo para que recibiese el bautismo.

En cuanto pasó el primer impulso del furor del pueblo azteca y vió llevar en brazos, muerto al parecer, al Rey, su rabia cambió

en pavor. Los oficiales que habían tirado sobre él arrojaron las armas, otros se prosternaron contra la tierra, y la multitud, silenciosa y sobrecogida, se fué dispersando lentamente por las calles.

Cortés se dirigió á Olid. "La muerte de Moctezuma, le dijo, ha llenado de miedo á estos bárbaros. Es necesario aprovecharnos de los instantes y salir de la ciudad. Reunid inmediatamente un consejo de guerra."

Olid convocó á todos los oficiales, y mientras quedaban unos á la guarda de la fortaleza, otros entraron en el salón que habitaba Cortés.

El consejo fué tumultuoso, como el que tiene una tripulación en una nave que va á naufragar. Se discutió con calor si la retirada sería de día ó de noche; todos voceaban y disputaban hasta el grado de poner la mano en el puño de las espadas. Cortés tuvo que imponer silencio y que dirigir una mirada fiera á los más insolentes oficiales.

En un momento de silencio el soldado Botello, llamado el *astrólogo*, levantó la voz:— Señor capitán, dijo, os anuncio que os vereis reducido al último extremo de miseria; pero después tendreis grandes honores y fortuna. En cuanto al ejército español, digo que es necesario que salga cuanto antes de esta ciudad maldita, pero precisamente deberá *ser de noche*.

La disputa cesó desde el momento que se oyó la opinión del astrólogo, y aquella gente fiera, pero supersticiosa, obedeció la voluntad del simple soldado.

—Saldremos esta noche precisamente, dijo Cortés. Haced, pues, vuestros preparativos, y armaos de la resolución que siempre habeis tenido para acabar los más apurados lances. Tomad todo el oro y joyas que querais; pero cuidado, que podreis ser víctimas del mismo peso del oro que cargueis.

Apenas los oficiales y soldados oyeron esta orden, cuando corrieron al tesoro; y encontrando el oro amontonado en el suelo, comenzaron á llenar sus alforjas y maletas con cuanto pudo caber en ellas.

## XI

En la tarde, el horizonte se fué nublando gradualmente, y una masa de nubes negras y amenazadoras vino al parecer expresamente de la cumbre de los volcanes. El silencio profundo que reinaba en la ciudad aumentaba más el pavor, y todo anunciaba una tormenta en el cielo y una matanza en la tierra. Así llegó la noche imponente y sombría. Los pechos de los españoles, fuertes y templados como sus aceros, se estremecieron sin embargo. Todos pensaron que quizá no verían el sol del nuevo día.

Moctezuma, mudo, silencioso, moría entre sus cojines, más del despecho, más del dolor de haber visto el fin sangriento de su reinado, que de la herida que tenía en la cabeza. Los nobles que le acompañaban de pie á su derredor, observaban los preparativos de los españoles, y casi adivinaban la suerte que les estaba reservada. Cortés, que creía que Moctezuma había causado realmente la situación tremenda en que se hallaba, había cambiado la afección que concibió al principio, en un odio profundo.

La tempestad que se cernía hacía ya algunas horas sobre la ciudad, descargó por fin. Gruesas gotas de agua y granizos comenzaron á caer en los terrados. Los relámpagos con su azufrosa y blanca luz, herían las armaduras de los caballeros, iluminaban sus fisonomías terribles, y entraban instantáneamente por una ventana estrecha á dar un lívido color al triste cuadro que presentaban el Emperador y sus caciques, esperando silenciosos que se cumpliese su inexorable destino.

El padre Olmedo dijo una misa, á la que asistieron todos los capitanes y soldados; acabada, Cortés organizó la marcha, y á las doce de la noche del 1º de julio de 1520, en medio de una horrible tempestad, se abrieron las puertas de la fortaleza y abandonaron los españoles aquellas murallas, testigos de sus

horribles padecimientos y de su indómito valor (1).

## XII

—¿Qué haremos con los prisioneros?—preguntó uno de los oficiales á Cortés.

—Nunca será bien, si aun Dios nos tiene reservado el acabar esta empresa, que quede con vida el que ha sido el Rey de estos idólatras, ni ninguno de los que se llaman nobles ó caciques (2).

Tonatiut con un semblante torvo se presentó en el salón donde estaba Moctezuma y sus nobles, alumbrado escasamente y á intervalos por una hoguera de ocote media apagada.

—Acabad con estos bárbaros que tratan todavía de sacrificarnos, y echadlos por la azotea á la calle, sobre la Tortuga de piedra, para que toda la ciudad se entretenga, y cerciorados los indios de que están muertos, no nos estorben el paso.

Los indios se estremecieron y quisieron huir, ¿adónde? Se pusieron en pie y esperaron la muerte resueltamente. El Emperador apenas levantó la cabeza.

(1) Prescott.—*Historia de la Conquista.*

(2) Se ha adoptado para finalizar este escrito la tradición más probable de la muerte de Moctezuma, y puede verse en el tomo 10.º del *Boletín de Geografía y Estadística* la disquisición histórica hecha por el Sr. D. Fernando Ramirez.

Los soldados sacaron los estoques y comenzaron á herir á todos los que allí estaban. A Moctezuma le dieron cinco puñaladas (1). Concluida la matanza sacaron los cadáveres y los arrojaron por la azotea sobre la gran Tortuga, que estaba en la esquina de la fortaleza, y se incorporaron al resto de la tropa que avanzaba lentamente entre la lluvia y las tinieblas, resbalando en el lodo y en la sangre de las calles.

Manuel Payno

(1) Fr. Diego Durán.